

CULTURAS JUVENILES Y SEXUALIDAD

Pedro Agustín Patiño Ruíz

PSICÓLOGO, TRABAJADOR DE PROFAMILIA EN EL CENTRO PARA JÓVENES CPI.

Trasegar como transeúnte de este mundo, de este espacio llamado el Distrito Capital —laberinto de calles infinitas, bares, iglesias, esquinas y parques, escuelas y centros comerciales, con fábricas humeantes, barrios populares y conjuntos residenciales— es descubrir un lugar donde habitan millones de jóvenes solitarios, pobres y ricos, que viven con pantalones anchos volando sobre su tabla con ruedas, que se juntan para la rumba, para parcharse en la esquina, para hablar de los viejos tiempos de la niñez, del futuro incierto fantaseado o programado; que viven al ritmo de sus músicas, que escriben y leen poesía; que tienen sus propias formas de enamorarse y buscar sus identidades y sus sueños.

Estos y estas jóvenes que viven su sexualidad más allá de las inquietudes de los adultos, que esperamos asuman nuestras preocupaciones por sus formas de vivir y expresar su sexualidad, que pretendemos enseñarles acerca de las enfermedades sexuales en múltiples contextos vividos desde diversas miradas, nos impiden describir una cultura de la sexualidad homogénea o una vivencia de la misma generalizada.

Sin embargo, cuando nos encontramos preparándonos para implantar nuevas perspectivas de educación en nuestros proyectos y con la finalidad de acercarnos a la comprensión de la sexualidad juvenil, descubrimos una fuerte tendencia a homogeneizar la

cultura y las maneras de vivir la sexualidad. Olvidamos con facilidad que esta capital es una ciudad poli-cultural, multi-étnica con una complejidad de variables que alimentan la cultura de los individuos haciendo del análisis y la intervención asuntos muy complejos.

En esa cultura multifacética se construyen identidades personales representadas en cuerpos que expresan la sexualidad de maneras muy diferentes. Este es un elemento importante para que el maestro lo tenga en cuenta desde su perspectiva particular y su praxis. El educador se relaciona con seres humanos que tienen intereses particulares y grupales donde la sexualidad es, en sí misma, un elemento que se manifiesta hacia los demás, una instancia de interacción, también, un espacio particular de lo íntimo. La sexualidad se vive y se expresa en los individuos que son ser para sí y ser para otros.

Sexualidad y cultura se unen en la cotidianidad particular de los seres que se encuentran en el estadio de la existencia que insistimos en llamar adolescencia. Se manifiesta en la calle, lugar que asusta a los adultos pero que es realmente un sitio de aprendizaje, de expresión del placer y la fraternidad, de conocimientos de lo exterior, del ejercicio de la autonomía; es allí donde se convive con sus coetáneos, donde se construyen sistemas de valores, normas e ideales, sentidos y significados para el grupo, que bien pueden perpetuar esquemas sociales tradicionales o transformarlos.

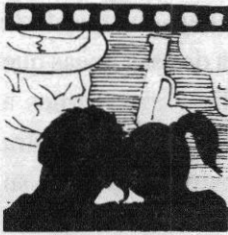
Los personajes que los adolescentes asumen se reflejan en diversos ámbitos, tanto físicos como imaginarios y expresan su sexualidad más allá de las relaciones coitales. Asumen el placer y el riesgo de una forma inherente a su estilo de vida, a su forma de ser masculino o femenino. Cuando estos modelos de comporta-

miento son vistos por hombres y mujeres mayores es posible que digan: *“es que en mis tiempos ¿cuándo se veía esto? Pero claro como ahora todo es moderno, como los muchachitos son intocables...”*, y en consecuencia aparece la incapacidad de participar profundamente con ellos e interpretar los fenómenos, no como algo escandaloso, sino como una manifestación de lo diferente. Al fin y al cabo son vivencias de lo sexual en espacios y tiempos particulares, con dimensiones construidas por valores y prácticas distintas.

Frente a la diferencia no podemos sentarnos con los brazos cruzados y conformarnos. Por el contrario, debemos aprovechar las coyunturas que encontramos para permitir una Educación Sexual o una vivencia de la sexualidad desde la posibilidad que tenemos para decidir cómo manejar el cuerpo. Esto nos abre, no sólo la posibilidad de vislumbrar las posibles consecuencias como el embarazo no deseado o las Enfermedades de Transmisión Sexual, sino también admite la posibilidad de avanzar hacia otros campos, como la vivencia armónica del placer o por lo menos, más respetuosa de las realidades de cada individuo. Ello nos permitiría introducirnos en espacios tan propios de la sexualidad como el enamoramiento, la relación con otros, las diferentes orientaciones o matices del género.

La cultura de los jóvenes es una forma de acercarnos a otros lenguajes en los cuales la posición del individuo se instaure como posibilidad de conocimiento.

Dar espacio a lo sexual en la escuela va más allá de la contabilidad de embarazos, enfermedades y noviazgos, debe permitir la comprensión de los contextos en los que está la escuela como los barrios circundantes, el patio de descanso, los intereses



y las aptitudes de los estudiantes. Es allí donde se encuentran los espacios de prevención de estos problemas y de otros como la violencia, no a partir del discurso, que sólo es escuchado y aprehendido en la vivencia de lo cotidiano. Así, los jóvenes podrían vivir la sexualidad con coherencia entre los valores, en los que se cree y rigen las prácticas. Además, teniendo claridad sobre la sexualidad pueden defenderse para evitar abusos sobre su propio cuerpo, sobre su intimidad. Si enseñamos más desde la coherencia que desde la doctrina vamos a vivir un reto para todos los maestros, pero también será una oportunidad para acercarse a la realidad y tratar de comprenderla sin dejar de ser. Allí el encuentro de la historia vivida por cada mujer y hombre aportará desde su óptica a la construcción del conocimiento.

La sexualidad en los jóvenes no es ajena a la cultura y tiene su propio movimiento en la historia. Esta es la postura propuesta para que se cumpla nuestro papel de educadores que hace del conocimiento una experiencia que se exprese en el movimiento y en la vivencia de nuestro cuerpo. El conocimiento de la cultura de los jóvenes nos permite acercarnos a los lenguajes y lograr una comprensión de esos contextos para un abordaje más directo a esos problemas. Las historias de vida nos permiten ver la cultura de los jóvenes, estar en su ambiente y permitirles que conozcan el nuestro. Se trata en cierta forma de quitarle a la sexualidad la forma de problema, porque la sexualidad es una vivencia.

Algunos limitan la sexualidad a lo bueno, lo malo y lo feo respecto a los embarazos. Obviamente un embarazo no deseado o las Enfermedades de Transmisión Sexual generan bastantes críticas, igual que lo relacionado con el enamoramiento, que tiene

que ver con el espacio lúdico, de lo normativo. Pero hay que darle una nueva dimensión a la sexualidad. Liberarla de esas líneas que nos permiten movernos con seguridad en ella y arriesgarnos a descubrir nuestro cuerpo. Debemos incluir en cada acto de nuestra vida todo el tiempo que cada uno de nosotros tiene de vivir su corporalidad.

Que quien educa investigue más, sea capaz de describir los fenómenos de las particularidades de los alumnos, que consiga un espacio pedagógico más asertivo. Esa es la propuesta de mi ponencia. Describir contextos, describirnos como diversos y describir que hay éticas que entran en juego en las aulas de clase que también tienen que ver conmigo mismo como educador y que de esa posibilidad de involucrarme como ser de la educación, aparece la opción de ir más allá de mi propia particularidad, de mi propia cultura.